

—Salvador.

—¿Qué, serás tú?

—Yo creo.

—Qué le hemos de hacer: me conformo.

—Muchas gracias.

En este momento llegaron á la Alameda, y un dulcero de los que andan á caza de amantes, se acercó ofreciendo sus dulces.

Salvador compró dulces, y los dos niños siguieron andando por una de las frondosas calles, hablándose casi lo mismo, pero creyendo que su conversacion era muy variada.

Al oscurecer, Salvador y Sofía, acompañados de su papá, regresaban á su casa, habiendo pasado un dia encantador.

LA CITA.

Serian las diez de la mañana de un dia del mes de Junio, en el instante en que una jóven vestida con elegancia y cubierto el rostro con un espeso velo, se apeaba de un coche del sitio, frente á la puerta del Tívoli de San Cosme: pagó al conductor, y entró en el hermoso jardin.

Dirigióse á uno de los mozos pidiéndole la condujera á un cenador apartado de los demas, y donde no pudiera ser vista. El mozo, condujo á la jóven al lugar que deseaba y esperó sus órdenes.

—No debe tardar un coche, que conduce á un jóven; preguntará por mí: guíelo usted acá.

El mozo se alejó sonriendo con malicia como hombre acostumbrado á estas aventuras, yendo á apostarse á la puerta de entrada, seguro de haber ganado ya una buena propina.

No habian trascurrido diez minutos, cuando otro coche de sitio se detuvo frente á la puerta del Tívoli.

Una sola ojeada le bastó al mozo para persuadirse que el

que iba en el interior del carruaje era el galán de aquella dama encubierta. Abrió la portezuela y dijo:

—El señor busca á.....

—Sí, contestó el interpelado sin dejar concluir al oficioso sirviente.

—Pase el señor por aquí.

El jóven, pues lo era, pagó al conductor y siguió á su guía paso á paso.

El desconocido era alto, rubio, é iba vestido con elegancia: pantalon, chaleco, corbata y guantes lila; levita negra: magnífica cadena de reloj: botones de brillantes en la camisa y un puro habano en la boca.

El mozo abrió la puerta del cenador cuando hubieron llegado á él, y se inclinó profundamente ante el elegante caballero.

—Una botella de champagne, dijo el jóven al mozo, y entró en el cenador.

La encubierta se levantó el velo, apareciendo ante Julio, pues él era, el rostro mas hermoso, surcado por las lágrimas. Se aproximó al señor Urrutia, y le dijo:

—Eres puntual.

—Jamás faltó á una cita.

—Deseaba hablarte extensamente.

—Principia luego, porque mi tiempo no me pertenece.

—Estás aquí, y no te dejaré salir sin que escuches todo lo que deseo.

—Habla.

El mozo llamó á la puerta: Julio abrió; puso la botella y las dos copas en una mesa, é invitó á la jóven á que tomase asiento, sentándose él tambien á su lado.

—Quiero que me des una explicacion de tu conducta.

—¿Sobre qué punto?

—Sobre el punto de tu abandono.

—Eh, vale mas que no hablemos de eso, Emilia.

—¿Que no hablemos!

—Claro.

—Entonces, ¿de qué hemos de hablar?

—Psh, qué sé yo.....

—¡Ingrato!..... Y la jóven rompió á llorar.

—Si lloras, me voy, dijo Julio tomando el sombrero que se habia quitado.

—No, Julio, no te irás, te repito, sin haberme escuchado ántes. Fuí tu novia primero; en seguida quebré contigo porque supe que tenias una querida: pero tú veniste entonces á caer á mis piés..... lo recuerdo..... te creí, abusaste de mi credulidad, me engañaste, descorríste el velo de pureza que me cubria, y hoy..... me abandonas, ¿no es esto? Y Emilia apretó con fuerza el brazo de Julio, llorando despechada.

—¿Sabes que estás buena para primera con una jóven en una compañía de cómicos?

—¡Infame!

—Ese infame es muy dramático; el público te habria aplaudido al pronunciarlo.

—¡Cobarde! que te burlas de una muger.

Por los ojos de Julio cruzó algo veloz como un relámpago y repuso:

—Es que no solo me burlo de tí, sino tambien de los hombres.

—Sí, de un anciano y de un niño.

No te habia conocido hasta este instante; te juzgaba prostituido, pero no cínico y sin corazon. ¡Oh! una vez falté y mil me arrepiento. ¡Gracias, Dios mio, porque murió mi hijo!

GERARDO.

— Sí, de esta suerte estás expedita para casarte con algun papanatas, con uno de esos héroes de novela, especie de caballeros andantes que andan desfaciendo agravios y encubriendo honras mancilladas.

—No, no es por eso: sino porque algun día hubiera sabido que su padre fué un mónstruo de perversidad.

—¿Y en qué está mi monstruosidad? He obrado como uno de tantos: me gustaste, tuviste la torpeza de creer en mi amor sabiendo que tenia una querida, fuiste mia, y luego, me comenzó á entrar el cansancio que se apodera de todos los que ya nada desean y.....

—Y me abandonas, pérfido, vil, infamel

—No seas tonta, chica, esta vida se hizo para gozar: vamos á tomarnos el contenido de esta botella y separémonos amigablemente. Cuando se te ofrezca algo cuenta conmigo: no te des á la pena. ¿sabes el camino, varía amantes como camisas, en la variación está el gusto. ¿Bebes, chula?

Emilia, poseida de furor, botó las copas y la botella al suelo.

—¡Caracoles! veo con placer que no solo eres buena para el drama, sino para la tragedia.

—Cállate, Juliol tu cinismo me espanta y Dios te castigará algun dia.....

—¡Hola! moralizamos, ¿eh?

—Recuerdo con amargura la época en que te pertencí; recuerdo con remordimiento la noche en que le falté á mi padre por defenderte..... Veo con la mente á mi pobre hermano Ernesto bañado en sangre por tu mano.... por último, recorro con la imaginacion mi oprobiosa historia: aquella noche, aquella noche terrible en que daba á luz á mi hijo, á aquel hijo fruto de la deshonra, y que mas afortunado que

yo, ha muerto..... Mi padre me maldijo en aquel instante supremo, su maldicion pesa sobre mí y se cumplirá..... ¿Y nada de esto te conmueve? ¿Estos recuerdos no te dicen nada? ¿Tu corazon es de piedra?.....

—Chica, solo veo una muchacha tonta, un viejo ridículo y un muchacho atrevido á quien me ví forzado á castigar con alguna dureza, lo confieso.

—¡Infamel! No tienes corazon, eres un malvado que solo por satisfacer un deseo me perdiste..... Y yo te amé, y yo, ¡imbécil! al entregarme á tí, te daba mi corazon.....

Y Emilia, estallando al fin, rompió á llorar, sacudiendo con frenesí el brazo de Julio. El jóven arrojaba bocanadas de humo.

Un cuarto de hora permanecieron de esta suerte, hasta que la jóven, levantando el lloroso rostro, contempló á Julio con una mirada indefinida. Julio permaneció impassible.

—Adios, le dijo Emilia, me voy despues de haberte conocido; te maldigo y te desprecio..... Dios se encargará de tí.

Cuando Emilia salia del Tivoli, Julio abandonaba tambien el cenador murmurando estas palabras:

—Vaya una comedia!

El jóven Urrutia llegó á la casa de Susana perfectamente tranquilo: encontróse en la sala con dos amigos que le esperaban: el uno era Perico á quien ya conocemos, el otro se llamaba Ignacio Blanco.

—Hola! estás ya de vuelta: ¿que tal estuvo la entrevista? preguntó Blanco.

—Como todas las de ese género, Nacho. Lágrimas, gritos, injurias y pantomima, y al fin, encargar al bueno de Dios, que maldito el caso que nos hace, del castigo de lo que voluntariamente se hizo.

—¡Jál jál jál hizo Perico, y agregó en seguida: vamos á comer y le cuentas á Nacho de sobremesa la historia de Emilia.

—Bien dicho: comamos. ¡Susana, Susana!

La jóven se presentó en la sala.

—¿Me llamabas, hijito?

—Sí: que sirvan la mesa, y ven á comer con nosotros.

Los tres jóvenes y Susana se pusieron á almorzar alegremente.

Concluido el almuerzo, Julio, teniendo al frente de sí su taza de café, se dispuso á complacer la petición de Perico, refiriéndole á Nacho, en presencia de Susana, la historia de Emilia. Nosotros vamos á adelantarnos, narrando la historia de la jóven á nuestros lectores, dejando empero la conclusión en los lábios de Julio.

HISTORIA DE EMILIA.

Veinticinco años ántes de los acontecimientos que hemos referido á nuestros lectores, es decir, por la época en que presentamos á Gerardo de visita en la casa de don Nemesio Pastrana, habia llegado á la capital, procedente de Guadalajara, una jóven de rara belleza é indisputable atractivo.

Era una de esas mugeres que venden el favor de una sonrisa, cuando han dejado arruinado al hombre á quien se la prodigan, y entonces, con el mayor desembarazo, le dicen que ya no les conviene continuar con su amistad; no obstante esto, los hombres con quienes tuvieron amores, jamas pueden mirarlos con desprecio, ni olvidan nunca los dias felices que, por su dinero, pasaron al lado de semejantes *Mesalinas*. Tal era Soledad la tapatia.

Los mas encumbrados señores la solicitaban con empeño, creyéndose muy afortunados cuando Chole llegaba á aceptar sus obsequios.

Don Anastasio de Hinojosa, hombre de treinta y cinco años de edad, de continente circunspecto, de hablar lento y con tono dogmatizante, rico, respetado y general de division *ad-honorem*, conoció en el paseo á la *tapatia*. El señor de Hinojosa se dignó concederle una mirada: los carruajes volvieron á encontrarse, y el señor de Hinojosa tosió con fuerza al ver á la bella Chole. La jóven, que sabia mas de lo que le habian enseñado, y que observó que aquel señor tan grave que iba en un carruaje tan elegante, la miraba con agrado, se propuso, por no y dejar y de buena fé, se entiende, hacer caer al buen señor en la tentacion. Y tanta coquetería hizo Chole con don Anastasio, que este mandó á su lacayo que siguiera el carruaje de aquella jóven hasta saber su habitacion.

Esa misma noche solicitaba el señor de Hinojosa de la camarista de Chole la ventura de una conferencia con su ama: pero la señora no recibia por hallarse indispueta.

Don Anastasio volvió á la segunda noche, pero entonces Chole estaba en su gabinete cenando con un jóven buen mozo y elegante. El señor de Hinojosa se quejó con amargura con la camarista, y le deslizó en la mano una moneda de oro al tiempo de retirarse: la sirvienta prometióle hacer todo lo que pudiese en su obsequio, en otra ocasion. No en vano dicen que á la tercera es la vencida: don Anastasio tornó la tercera noche, y la bella Chole se dignó recibirle por espacio de un cuarto de hora en su gabinete-tocador ataviada como una reina.

El señor Hinojosa pretendió que la entrevista fuese mas larga, pero Chole, con mas arrogancia que una princesa, le indicó que la audiencia habia concluido.

Don Anastasio perdió los estribos desde esa noche, y se

enamorado perdidamente de la tapatia. Chole hizo que el señor de Hinojosa le regalara la escritura de una casa, y entónces fué cuando se entregó á él.....

Dofia Angustias Saldafia, ama de llaves del señor Don Anastasio de Hinojosa, senador y general, era una muger baja de cuerpo, de ojos verdes, de boca pequeña y lábios delgados. Era blanca y contaba veintiseis estíos.

Habia sido educada en un convento, lo cual quiere decir que era el demonio, sin que por esto dejara de tener el rostro mas candoroso del mundo y la voz mas dulce y armoniosa que el laud de un poeta.

La servidumbre de don Anastasio le decia en ausencia á la ama de llaves, doña Angustias; recargando la pronunciacion en el *doña*; pero cuando estaba alguno de los criados en su presencia, entónces la llamaba *señorita*.

La señorita Angustias nunca habia amado y detestaba el matrimonio; es decir, jamas hombre alguno le habia hablado de este grave negocio y por eso ella detestaba á los hombres.

Una noche que la ama de llaves leia al señor general su amo un trozo de la *Conquista de México*, mientras el señor de Hinojosa apuraba su chocolate, sentado en su lecho, por que estaba un poco enfermo, comenzó el señor de Hinojosa á observar que Angustias no era vieja, ni tampoco fea.

El resultado de la observacion, lectores; de la observacion que nunca habia tenido don Anastasio para con su ama de llaves. Ademas, la hora, la soledad, el sitio: porque el sitio era poético. Figuraos una recámara elegante, impregnada de un perfume suave y voluptuoso: un quinqué con un velador chino; la luz amortiguada dándole al aposento un aspecto medio fantástico, medio tentador. Agregad á esto la tristeza

de que estaba poseído el general, porque estaba triste á consecuencia de que hacia cuatro meses que Chole le habia abandonado, dejándole una preciosa niña que habia recibido en la fuente bautismal el nombre de Emilia, y que se hallaba en la *Cuna*.

El señor de Hinojosa le dijo á su ama de llaves con un tono, así, medio lánguido, medio expresivo:

—Angustias!

La señorita Angustias, que jamas á lábio humano le habia oído pronunciar su nombre de aquella manera, se estremeció: y como nunca la habian enamorado, comprendió mejor aquel *Angustias* cadencioso y lento. Bajó el libro y miró al general: ¿y qué cara le veria, á donde pensó en huir?—Esta es suposición del autor.—Pero no huyó, no señor; ¡qué hubiera pensado el general!

Contentóse con ruborizarse de la manera mas púdica que le fué posible; y repuso toda turbada:

—Señor.....

—¿Nunca has amado?

—Sí, señor.

—¿Cómo! ¿y á quién?

—A mi muy reverenda madre abadesa, cuando.....

—¡Ah! ya: pero yo decia á un hombre.

—Sí, señor: á mi hermano, el sargento de granaderos de su alteza serenísima.

—Tampoco decia yo eso, sino de una manera mas tierna, mas halagadora: vamos, lo diré de una vez, á un amante.

Angustias tuvo á bien ruborizarse de nuevo, y bajando los ojos, y palpitándole el corazon, murmuró:

—No, señor.....

—¿Serias capaz de amarme á mí?

—Le amo á usted y le respeto.

—No quiero eso, sino que me ames como á tu amante.

—¿Cómo! ¿el señor se dignaria descender hasta mí y darme su mano?

—¡Caracoles! pensó el general, la conventuala va por la posta; y agregó en voz alta:

—No tanto, Angustias, no tanto de casarme contigo, pero sí que seas algo mas que mi ama de llaves, es decir, mi amante.

—Señor..... yo..... usted..... es decir, nunca esperaba que.....

—Vamos, acércate mas á mí, Angustias, voy á hacerte mis proposiciones.

La ama de llaves, emocionada, ruberosa y balbutiendo, se fué acercando al señor de Hinojosa. El quinqué, cada vez alumbraba menos la estancia.

Al día siguiente, la ama de llaves llamó á la servidumbre á su presencia, y con un tono magistral, les notició que el señor don Anastasio los despedia de su casa por tener que hacer un viaje: liquidóles sus cuentas y todos partieron.

Tres dias despues, la señora de Hinojosa para los sirvientes nuevos les hacia conocer sus obligaciones.

La hija de Don Anastasio fué sacada de la *Cuna* y pasó á los ojos de los criados por hija de Angustias.

Al año de estos sucesos, la señora daba á luz un niño deforme, que llevó el nombre de Ernesto.

Angustias nunca quiso á la hija de Don Anastasio, pero desde el momento en que dió á luz á Ernesto, sintió hácia Emilia un odio irreconciliable. En cambio sabia fingir un

carifio tan exagerado por Emilia delante del general, que este amaba cada vez mas á su Angustias.

Ernesto era jorobado, bizco y tenia las piernas torcidas: era el encanto de Doña Angustias, así como Emilia lo era de su padre.

Cuando el deforme niño comenzó á tener uso de razon, empezó á dar á conocer unos sentimientos los mas delicados y un ingenio raro. Amaba á Emilia con un amor no comun entre hermanos: la jóven correspondia á este afecto y apreciaba altamente el talento de su hermano.

Cuando Julio se presentó en la casa enamorando á Emilia, doña Angustias, que miró en él á un libertino, apoyó desde luego con todo su influjo y bajo el falso papel de un buen deseo, las pretensiones del jóven.

Veamos en el capítulo siguiente lo que pasó.

Historia de Emilia.

—Te escuchamos, dijo Nacho arrellanándose en su asiento y pendiente de las palabras de Julio.

—Tratando de averiguar á dónde vivia un muchacho jorobado que me repugnaba infinito y á quien me habia propuesto hacerle una travesura, descubrí la habitacion de Emilia: verla y sentir por ella un vivísimo deseo, fué todo uno. Entónces cambié de idea, y en lugar de perseguir al mucha-

cho para hacerle la travesura que meditaba, procuré hacerme su amigo: esto me fué fácil y procedí desde luego á enamorar á Emilia; pero Ernesto me amenazó con avisarle á su papá, si yo no le hablaba del asunto.

—Diablo de Esopol yo le zurro, dijo Perico.

—Yo no le zurré, sino mas tarde, contestó Julio, pero si gan ustedes escuchando.

Me encontraba desazonado con la idea de hablarle al papá, cuando un amigo mio me aconsejó me dirigiese á la madrastra, que es una presea y cuya historia me refirió ese amigo.

Dicho y hecho: doña Angustias recibió perfectamente mis pretensiones, le habló al señor de Hinojosa y fué presentado en la casa.

Su padre de Emilia es un hombre grave; es decir, es un tonto abrillantado, que ante los necios pasa por un sábio, merced á un gran número de infolios que tiene en su estudio y que jamas ha leído. Tuvo á Emilia en una muger hermosísima á quien mi padre conoció cuando era jóven y con quien tuvo tambien el bueno de papá sus amorios: esta bel-
dad de vida alegre, se llamó Chole la tapatía.

—Hola, hola! dijo Nacho, con que la niña Emilia, eh?...
vea usted que.....

—No me interrumpas, y sigue escuchando.

Don Anastasio se dignó dirigirme dos ó tres palabras cuando le fué presentado por su postiza esposa.....

—¡Caramba! Allí todo es mentira, dijo Nacho, volviendo á interrumpir á Julio.

—Sigue escuchando. Levantó sus espejuelos azules, me miró, y recomendándole á Angustias aquel grave asunto, se retiró á su escritorio.

El campo fué mio, y comencé á visitar á Emilia todas las noches. Doña Angustias dormitaba media hora en un sillón, y luego se retiraba á las piezas interiores.

—¡Viva, viva doña Angustias! Si yo la conociera, sería su mejor amigo.

Susana, que hasta entónces no habia abierto los lábios, suspiró y se levantó de su asiento.

—Vete, le dijo Julio: ya te estás encelando, cuando tú eres la preferida, tonta.

—Voy por acá, á ver qué se ofrece, repuso la jóven. Y llorando, desapareció de la sala.

—Continúa, dijo Perico; vale mas que Susana se haya ido.

—Pero el jorobado no me dejaba solo, siguió diciendo Julio, y esto retardaba mi objeto.

Ernesto me seguia á todas partes, y llegó á descubrir esta casa; fué cuando Emilia me escribió aquella carta en que me despedía, pues el maldito muchacho, no sé cómo llegó á averiguar que Susana era mi querida.

Entónces fué cuando agucé mi ingenio, y lo hice tan bien, que Emilia llegó á persuadirse de que Susana era la querida de un amigo mio que se hallaba ausente y que me la habia encomendado.

Para librarme de la presencia de Ernesto, una vez que me hube reconciliado con Emilia, comencé á hacerle obsequios á doña Angustias, dejándole traslucir que su hijo me estorbaba. La buena señora alejó al muchacho, que se resistió á obedecerla, pero que al fin tuvo que sucumbir al mandato de la madre.

No habia tiempo que perder: comprendiéndolo y oasí, procuré aprovecharlo lo mejor que pude.

¡Oh, amigos míos! una semana despues de que Ernesto no nos importunaba con su antipática presencia, la victoria mas completa habia coronado mis afanes..... Emilia fué para mí la muger mas deliciosa por espacio de cuatro meses: doña Angustias, que conoció al punto lo que debería resultar, estaba contentísima.

Cuando llegué á la saciedad, comencé á retirarme poco á poco de la casa: entónces fué cuando entre Emilia y yo comenzaron las escenas románticas.

Una noche Emilia me instaba para que la sacase de su hogar, porque su embarazo estaba muy avanzado: yo no sé en lo que estaba pensando, que le hablé con toda la frialdad y el cansancio de que me sentia poseído hacia algun tiempo. Emilia se hincó á mis piés y se echó á llorar como una Magdalena arrepentida.

Le dije que no me atosigara, que habia aún tiempo para todo y que me encontraba yo esa noche muy fastidiado. Emilia comenzó á llorar á gritos: Ernesto se presentó ante nosotros pálido y enfurecido, como nunca habia yo visto ni á un hombre.

Me habló con energía y me amenazó con informar á su padre del estado en que estaba su hermana: al pronto, quise librarme de él engañándole, pero el muchacho no es un simple, y me contestó que en el acto le hablase á su padre; mandélo á paseo, y él entónces empuñó un candelabro y me amenazó con él. No pude contenerme por mas tiempo, levanté mi baston y le azoté el rostro; el muchacho no retrocedió; por el contrario, ciego de cólera, se me vino encima.

Fácil me fué desarmarlo: el muchacho comenzó á dar voces; colérico yo tambien, le dejé caer el candelabro sobre la cabeza..... El rostro del jorobado se cubrió de sangre,

Emilia se desmayó, doña Angustias se presentó en la escena y yo abandoné la casa mas que de prisa.

—Tuviste mucha calma, yo hubiera matado al muchacho desde un principio, dijo Nacho. Vaya un jorobado audaz.

—¿Y qué sucedió despues? preguntó Perico.

—Lo que era consiguiente, repuso Julio, que don Anasasio se enteró de todo, que cometió la estupidez de maldecir á Emilia, que doña Angustias se disculpó diciendo que Emilia era una libertina, que su adorado hijo era un tonto por salir á la defensa de una prostituta, que los dos viejos echaron campaña, y por último, que la niña dió á luz un muchacho que murió á los ocho dias. Lo demas lo saben ustedes perfectamente bien.

—Eres terrible: vaya una historia divertida que nos has contado.

—Yo ando en pos de una muchachita por el estilo de Emilia, dijo Perico: quiero ver qué tal soy en una aventura de ese género.

—Audacia, audacia, contestó Julio.

En ese momento la criada entró en la sala diciendo que un niño jorobadito preguntaba por Julio.

—Que entre Esopo, quiero conocerlo, dijo Nacho.

—Vaya una audacia, exclamó Perico. ¿A qué vendrá el muchacho?

—¿Viene solo? preguntó Julio.

—No señor amo, le acompaña un joven.

—Que pasen adelante.

El cinco minutos despues se presentaba en la sala Salvador, precedido de un niño jorobado y contrahecho, pero en cuya frente se leia la inteligencia y en sus ojos la resolucion.

Julio, Nacho y Perico se habian puesto en pié.

—¿El señor Urrutia? preguntó Salvador.

—Yo soy, dijo Julio avanzando con audacia.

—Deseo tener una conferencia con usted.

—Tomen ustedes asiento.

Los circunstantes se sentaron, y Salvador se dispuso á hablar.